

El Día de Fiesta

PASATIEMPO SEMANAL ILUSTRADO.

Redaccion. — V. PLATÉL. — R. NAVARRO. — J. PUGA.



—¡Despues de tanto mirar,
Se aleja muy distraido!...
—Tiene el porte distinguido.
—Se le podia aceptar.

SUMARIO.

TEXUO: Rumores, por Narciso.—El Primer beso de amor, por Vicente Platél.—Llanto perdido (poesía), por Benito Losada.—Contraste (poesía), por Vicente Platél.—El Sueño de una noche de verano, por Avein.—Teatro, por Catano.—Amor y práctica (soneto), por José Luis Leon y Marin.—A una niña de diez y seis años (poesía), por Manuel Fombona Palacio.—El Ciego y el Lazarillo (fábula), por José Jackson Veyan.—Cóitas d' Andruco (poesía), por Francisco de la Iglesia Gonzalez.—Epigrama, por Benito Losada.

GRABADOS: por R. Navarro.

RUMORES.

¡NIHIL!

Cuando los acontecimientos escasean, el revis-tero, pone su imaginación en tortura sin conseguir poner término á su empresa.

La ópera es el tema obligado de todas las conversaciones, y como Catano es el encargado de sus revistas ¿qué le queda á Narciso?... Mirarse en la corriente de algun arroyuelo, ó en el espejo de alguna fuente, y enamorarse de sí mismo, como el que se convirtió en la flor de su nombre, en aquellos tiempos de feliz memoria.

Lo peor del caso es, que si bien aquel Narciso era un buen mozo, aunque algun tanto afeminado, el que hace la revista de EL DIA DE FIESTA, no es un feo recatado, sino un feo decididamente feo, y se se mira en el cristal de una fuente puede pasarle lo que al Portugués del cuento.

Es decir que entre los dos Narcisos la misma causa produciria efectos contrarios—antimónias, que diria un filósofo moderno.

Y ya que de antimónias hablo, bien puede asegurarse, que ellas son la ley general del mundo.

En este de venturas feliz suelo, todo se vuelben contradiciones, y la contradicion ha llegado á ser la norma de nuestras usos y costumbres.

¿Por qué?

La pregunta no tiene alcance, que digamos; pero antes que dar una contestacion categórica, prefiero quedar en antímonia conmigo mismo.

Por regla general, las rubias gustan de los morenos y las morenas son entusiastas de los rubios, y vice-versa.

Una mujer alta, prefiere á un hombre bajo—de estatura—y una gruesa á un delgado.

Se habla de la ley de las compensaciones, y esta ley juega por mucho en la vida, puesto que todo tiene su compensacion.

Con lo que no puedo conformarme, es con que un feo tenga la dicha de interesar á una niña bonita, esta es una antimónia que clama al cielo, y sin embargo, he visto una mujer, que pudiera pasar por prototipo de la hermosura, enamorada hasta la médula de huesos, de un feo descarado hasta el extremo de pasearse sin careta, provocando las iras de los antidarwinistas.

¡Nihil!... y con esta misma palabra termino mi revista.

El nihilismo es la última moda; hacer algo donde no hay nada, y de nada he podido hacer algo que se parezca á cualquier cosa, que no en vano se ha dicho que el que nada, no se ahoga.

NARCISO.

EL PRIMER BESO DE AMOR.

I.

Decir á ustedes que Ricardo y Luisa se amaban seria una superabundancia, y por lo tanto doy por supuesto que ustedes lo saben.

Y con qué impaciencia esperaba Ricardo la llegada de la noche, de esa amiga de los enamorados, entre cuyos negros crespones se pierden tantos juramentos y se encuentran tontos cartaros.

Las horas le parecian siglos; el muelle de cierre del reloj se habia desgastado de tanto consultarle la hora, y el borde del bolsillo del chaleco estaba reluciente de tanto frote.

¡Y eran las seis de la tarde!

¡Faltaban dos horas para las ocho, hora ansiada, hora esperada, hora de las horas y hora... de la cita para hablar con el ángel de sus ensueños!

Por fin oscureció. La noche no era muy apetitosa; pero ¿qué sabia Ricardo como estaba la noche? para él la noche lo era todo, menos la noche.

Hablar con ella—no con la noche—era su deseo despues de dos meses de miradas y señas y cartas; era la meta de sus aspiraciones, y aquella noche iba á oír el metal de voz—único metal de que podia ser dueño—de su amada; iba á llegar á la meta de sus ideales y pedir más seria gollería.

A las siete ya estaba en el lugar convenido para la entrevista; á las siete y cuarto se habia fumado una cajetilla del estanco, incluso la cubierta; á las siete y media estaba molido de tanto pasear y mareado de dar vueltas; á las ocho menos cuarto no sabia como estaba, y á las ocho...

—Buenas noches; le dijo ELLA al pasar por su lado.

No pudo contestar de la emocion, sintió que le hacian cosquillas en la garganta y... estornudó, con tan mala fortuna, que apagó el farolillo de un vendedor ambulante de duquesas, poco faltó para que le armara un escándalo; pero una explicacion de dos pesetas, satisfizo el honor del *duquesero*.

La primera entrevista empezó por costarle dos pesetas y un constipado.

Por fortuna élla habia doblado la esquina—como si fuera un pliego de papel—y no pudo enterarse de aquella peripecia.

Siguió su huella, y se acercó.

—¡Luisa, mi amada Luisa... no sabes cuanto anhelaba este momento, para poder decirte... achis... estoy constipado... que mi pensamiento es tuyo, que te aaa... chis... adoro!

—Yo tambien; pero para decirte que eres un ingrato.

—¡Un ingrato! ¿eso has dicho? un ingrato, quien está por tus miradas... achis...

—¿Lo ves cómo me engañabas? me has dicho que mis ojos eran dos soles, que llevabas un volcán en el pecho, y...

—No digas más, te comprendo, te refieres al cartarro que he pescado, por esperarte...

—Échamelo en cara...

—Achis...

—¡Jesus! has llenado mis mejillas de rocío.

—Te he obedecido sin querer; pero ¿qué importa? una mirada tuya me basta para curar todos mis males.

—La medicina es barata.

—Pues mírame, irradien tus ojos en los míos la luz de sus miradas ¡soy tan feliz!

—¡Si fuera cierto!

—¿Lo dudas? ¿qué pruebas necesitas de mi amor? ¿no basta que por espacio de dos meses, día por día, haya estado enfrente de tus balcones, sufriendo las inclemencias del tiempo, para... achis... conseguir un momento de ventura, aunque incompleta puesto que me acusas, no sé de que? ¡ay! Luisa ¿si pudieras leer el fondo de mi alma?

—Vámonos, señorita, que ya hemos tenido tiempo de comprar el hilo.

—Si, vamos; adiós Ricardo hasta mañana.

—Deja que pose mis labios en tu mano.

—¡Qué osadía! estamos en medio de la calle.

—El amor como es ciego no sabe donde se encuentra.

Quiso llevar la mano de Luisa á sus labios, y le dieron tan tremendo puntapié, que le faltó muy poco para dar con su cuerpo en tierra, y al volverse se encontró cara á cara con el papá de la niña, que le miraba como el león al inocente borrego que se pone al alcance de sus uñas.

Aquella mirada le aterró; quiso huir y al emprender la fuga tropezó con la cara de su futura suegra y sin darse cuenta de lo que hacia la mordió la punta de la nariz.

II.

Cuando Ricardo me contó este lance, me aseguraba que su primer beso de amor ensangrentó las narices de su suegra, porque al fin se ha casado con Luisa.

VICENTE PLATÈL.

LLANTO PERDIDO.

—¿Qué tienes bella Elena?
¿por qué, por qué las lágrimas
se escapan de tus ojos
y su belleza empañan?

—¡Ay! lloro porque falso
el hombre á quien amaba,
en otra su amor fija,
y este dolor me mata.

—¡Gran Dios! ¿por eso lloras?
¡Fíaste en su constancia!
¿Ignoras que los hombres
á la inocencia engañan,
mintiendo amor sublime
que no sintió su alma?

Enjuga el llanto, niña;
lágrimas que se gastan
llorando ingratitudes,
son siempre mal gastadas.

Guárdalas, que en la vida
tendrás horas amargas,
en que, cuando las busques,
te falten por desgracia.

Al escucharlo Elisa,
serena la mirada,
responde, yá tranquila
al parecer su alma:

—Es cierto; yo no debo
llorar á quien no me ama.
Su ingratitud merece
desprecio, no mis lágrimas.

BENITO LOSADA.

CONTRASTE.

I.

Era un pobre, enfermo y ciego...
y tanta su dignidad
que de nadie caridad
impetró con triste ruego.
La muerte se acercó luego
sorprendió al pobre dormido,
estenuado y abatido
por hambre y fiebre postrado
y aunque se murió de honrado
dijeron ¡si fué un perdido!

II.

Era un rico, poderoso,
á nadie se le ocurrió
preguntar, como adquirió
aquel caudal asombroso.
Era, al parecer dichoso,
y de todos respetado,
más, por sus vicios viciado
lanzó el último quejido
y aunque murió de perdido
dijeron ¡fué muy honrado!

III.

En las sociales tragedias
se apela á grandes remedios,
puesto que todos los medios...
son masculinos de *medias*.
Y al hacer estas comedias
se dá por sobre entendido,
que el que alcanzar ha podido
algun filon no explotado,
como el remedio ha *encontrado*
deja de ser un *perdido*.

VICENTE PLATÈL.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO.

Habia tenido itericia: mi rostro se parecia en el color á un velón de Lucena, y en la expresion al de esos monjes extáticos de los cuadros de Zurbarán, que inspiran tristeza y dan frío.

En fin, yo me deslizaba por las calles de Madrid, como espectro escapado de su sepulcro, sin propósito, ni fin determinado, dejándome arrastrar por las gentes que iban y venian, por los carruajes que me obligaban á describir *zig-zags* imposibles y por el calor de una noche de Julio en que ni una ráfaga de brisa consoladora refrescaba la incendiada atmósfera; y sin saber porqué me hallé de pronto parado en la *Puerta del Sol*, junto al café de Quevedo y enfrente del Imperial, *inquieto é inmóvil*; como si mi alma, más enferma que mi cuerpo, se asomase á las craticulas de los ojos, con la curiosidad de ver un munal cual, verdaderamente ya no pertenecía.

DONDE EMPIEZA



En *Hernani*, la fortuna
no del todo le olvidó;

DONDE ACABA.



pero en *Norma*, le dejó,
dando... *notas* á la luna.

De pronto, entre aquel vá y vén de coches, de mujeres encantadoras que se deslizaban por las aceras como diosas pagánicas, hácia el Retiro y hácia el *Circo de Madrid*, donde entonces tenia sentados sus reales Arderius; entre aquel hervir de señoritas, de chulos, de vendedores de agua y refrescos, de tomadores, de chiquillos que pregonaban *La Correspondencia*, *La Igualdad* y el último manifiesto de Roque Bárcia, divisé á una mujer que no por lo hermosa me llamó la atención, sinó por que el tupido velo que encubría su rostro y destacaba el dibujo del encaje sobre el fondo blanco del vestido de linó, que diseñaba la esbeltéz de su talle, la prestaba el carácter romancesco de una dama del tiempo de los Austrias.

Aquella mujer estaba inmóvil, inmóvil como yo; como si esperase á alguien que nunca venia, desapareciendo á momentos entre la multitud y entre los coches, y resurgiendo de aquellas oleadas de vida, como isleta insumergible de aquel movedizo oceano.

No sé por qué, pero dirigí á ella y me puse á su lado: no sé tampoco lo que la dije, sólo recuerdo que al rielar de la luna allá en los últimos términos de la Castellana, donde nos hallábamos juntos recostados en los arriates de los jardines, ví que tenia una lividéz espectral, y que sus ojos negros brillaban á espacios, como si allá dentro de sus órbitas fosforeciese algo; luego..... observé que su acento tenia un timbre singularísimo nunca, por mí, oído que por su dulzura rítmica me llegaba al alma; y que las frases adquirian en sus lábios una construccion extraña, arcáica, que me recordaba el castellano de las Partidas y de las Cántigas, que se hablaba en tiempo del sábio rey D. Alfonso.

¡Pero que tenia de extraño! *ella* era judia y su historia parecia una leyenda de amores y de venganzas de los siglos medios.....

Y juntos, entrelazadas las manos, dándome la bellísima hebreá el dulce nombre de *Ismael* (que no sé por qué mania de calenturienta me habia adjudicado) llegamos á las doce de la noche á un vetusto edificio de la calle de *Isabel la Católica*, frontero al que fué Palacio de la Inquisicion en Madrid, y como la voz de la doncella parecia un conjuro, las puertas de aquella casa contemporánea de Enrique IV, se abrieron sin dificultad y juntos subimos hasta un camarín que allá en el último tramo de la anchísima escalera, enlazaba con los desvanes y con las habitaciones de la servidumbre.

Al mediar el dia siguiente, me hallé en mi pobre cuarto de la calle del Calvario, enfermo como de costumbre, pero con completa claridad de ideas, con perfecto recuerdo de la realidad envidiable de la noche anterior, y si me hubiese cabido alguna duda, las risitas y las reticencias de mi patrona, hubieran sido bastante para persuadirme de que yo, que no trasnochaba hacia meses, habia llamado á las puertas de mi tugurio á las siete de la mañana.

Después lo que me ocurrió es increíble y con razon me tuvieron por loco; porque yo, que llegué hasta el escándalo por depurar la realidad de aquel espejismo de la calentura, hallé por junto

en el palacio de mis ensueños, un judio alemán famoso en la alta banca, con aspecto de lacayo de casa grande, un retrato de una de sus abuelas llamada Esthér, arrinconado y polvoriento en el desvan que yo soñé camarín algaliado con todos los perfumes de Arabia y alhajado con todas las riquezas de Basora y el cadáver de una pobre niña en los bajos del palacio, que habia muerto precisamente en la hora en que yo volví, después de aquella noche de delirio, á mi zahurda de la calle del Calvario.

Pues bien: ¿querreis creerlo? para mí, aquella aberracion de mis sentidos continua siendo una verdad inconcusa; y creo que la pobre Zoa, la hija del portero del Baron de W... fué en vida la reencarnacion de Esther; y cuando llega el aniversario de aquel ensueño, cuando media la noche del 13 de Julio, tiemblo siempre que el recuerdo de aquella pesadilla que sufrí despierto, me arrebate del todo el concepto de la realidad, que es la luz de la vida.

AVEIN

TEATRO.

Prometí en mi anterior revista, ocuparme en esta, de la primera representacion de *Norma*; y como yo nunca acostumbro á dejar de cumplir lo que prometo, voy á decir á VV., siquiera dos palabras acerca del éxito obtenido por los artistas de la compañía de ópera italiana, al ponerse en escena la gran obra del inmortal Bellini.

Muchas dificultades se presentan siempre, para que esta sublime partitura encuentre digna interpretacion por lo que toca á aquellos á quienes se confie su desempeño: Por lo mismo que son muchas las bellezas que en sus delicadas melodías se encierran, son mayores los escollos contra los que ha de luchar el artista, y poner todo su talento y discreccion, si quiere salir airoso en su empresa.

Yo, que á fuer de imparcial, soy franco, declaro que no esperaba un resultado tan satisfactorio, dadas las condiciones especiales de la obra, y las *extraordinarias* de algunos artistas, que con razon no me inspiraban confianza, por los motivos que mas adelante tendrán VV. ocasion de apreciar.

Pero en fin; vale mas que yo haya sido el chasqueado, y me felicito de ello.

Si no conociera todo lo que vale la Sra. Escalante, y todo de lo que es capaz esta eminente *prima donna*, me bastaria haberla escuchado en la noche del viernes, para apreciar sus revelantes dotes.

Energía, sentimiento, dolor, desesperacion, amargura; todo supo espresarlo, uniendo á la espresion del canto en sus diferentes manifestaciones, la espresion dramática, llevada hasta el límite de lo perfecto.

Difícil, muy difícil me seria poder determinar y establecer una diferencia, señalando el pasaje en que pudo sobresalir esta distinguida artista: desde la primera hasta la última nota, supo la Sra. Escalante sostener y dominar su difícil papel, y ni una sola vez tuvo ocasion de observar el menor detalle que pudiese identificarse con la vacilacion ó la inseguridad. Donde rayó á mayor altura, (no porque en lo demás desmereciese, sino porque la situacion se prestaba para dar mejor á conocer su talento) fué en el terceto del segundo acto. Sin exajeracion; hubo momentos, en que llegó á invadir el terreno de lo sublime.

La Sra. Estéban, á quien se habia encomendado la importante parte de *Adalgissa*, nos probó, que tiene condiciones poco comunes, entre la generalidad de las tipos comprimarias: cantó con exquisita afinacion y buen gusto, y supo vencer las dificultades (no pocas) de un papel, que es desdeñado casi siempre por cantantes de *primera linea*, sin que por tal razon, deje de ser de *primer orden*. Los aplausos que en diferentes ocasiones le fueron prodigados á la simpática artista, son la mejor prueba de mi anterior apreciacion.

Al final del duo del tercer acto, fueron obligadas á presentarse tres veces en el palco escénico, la Sras. Escalante y Estéban.

El Sr. Franchini, además de no estar *en voz* tenia que luchar con las dificultades que se presentan á todos los tenores en

esta obra. Muy contados son los que reunen las condiciones que se requieren, para desempeñar con acierto la partitura de Bellini. A pesar de todo, no descompuso el cuadro general.

Razones que no deben VV. desconocer, me obligan á guardar silencio con respecto al Sr. Maillini... Yo siempre respeto y compadezco á los *vencidos*.

No vacilo pues en asegurar, que *Norma* ha sido quizás la obra que mejor conjunto ofreció de todas las que hasta la fecha se han puesto en escena. Lástima que algunos detalles de la *mise en scène* no hayan correspondido á lo que debía esperarse.

En el primer acto por ejemplo, salieron á relucir unas *cestitas* y *cestitos*—destinados á recibir las sagradas ramas del tradicional *muérdago*—que por la variedad de sus formas, eran algunas, dignas de figurar en la cocina, al lado de la escoba y de cierto *machete* (muy bueno para picar carne, sin duda) que colgaba en el cinto de cierto guerrero de aquellos que *que-ripan consumir la gran obra, en el silencio*: en fin, algunas *co-sillas* mas he visto, y me las callo, por no darle un disgusto al Sr. Cancelloti.

La orquesta muy bien; perfectamente bien, ganándose en la sinfonía un aplauso, que aun no he podido saber porque se lo negó el público.

Con la cuarta representacion de *Sonámbula*, llegó la hora fatal del *debut* de un novel artista; y digo fatal, porque yo sé que D. José Dubois, se hallaba mas muerto que vivo, esperando entre bastidores el momento preciso, para hacer su presentacion ante ese *monstruo* llamado público, que con la misma facilidad corta de raiz una ilusion apenas prendida en el alma del artista, que alienta una esperanza, ó asegura un éxito.

El Sr. Dubois, es un jóven *aprendiz, de bajo*; ni sus condiciones artísticas (en embrion) ni su edad y desarrollo físico, le permiten—al menos por ahora—lanzarse de lleno en una empresa superior á sus fuerzas, y que habia de proporcionarle algunos disgustos. El arte, tiene sus espinas y sus flores, y es preciso para cojer algunas de estas, pasar por muchas de aquellas: créame V. D. José, no hay que dejarse engañar por el buen deseo. Estudie, observe, deje V. que la naturaleza desarrolle sus facultades, y cuando tal suceda, láncese V. sin miedo, y entonces ocasiones sobradas han de presentársele, para escuchar no el aplauso de la indulgencia, sino el justo galardón tributado al talento del artista.

Para concluir; no olvide V., que para llegar al fin es indispensable—y esta es una verdad mas grande que las *botas* que usted sacó en la noche del sábado—pasar por el principio; y tenga en cuenta, que si tales cosas me permito decirle, es porque me es V. simpático, y casi seguro, que ha de llegar un dia, en que nos ha de probar V. que no en vano le reconocimos condiciones dignas de aplauso.

De los demás artistas que tomaron parte en esta obra, como ya son conocidos, y están juzgados, únicamente diré, que cada una y cada uno, estuvo a *su altura*.

Lucrecia Borgia, la hija de la célebre Vanozza, y del no menos célebre Cardenal Rodrigo; la mujer cuya hermosura fué trasladada al lienzo, por Dossi Garófalo Ticiano, y otros notables pintores de su época; la aventurera segun unos, la *envenenadora* al decir de otros; y segun cierto articulista *la encarnacion de todas las extravagancias y faltas de creencias* propias del periodo del Renacimiento, es la heroína del melodrama trágico, puesto en música por Donizetti, y en escena por primera vez en la presente temporada, en la noche del martes.

A decir verdad, no me dejó muy satisfecho la ejecucion de esta obra. Bueno es hacer constar, que son muy *contaditos* los artistas que reunen las condiciones indispensables, para interpretar-la, y que aun en los teatros de primer orden, rara vez se llega á conseguir un buen conjunto.

La Sra. Escalante, no estaba *en voz*; el Sr. Cantoni, tenia que hacer verdaderos esfuerzos, para dominar su papel; y en cuanto á la Srta. Llanes, aun que tuvo momentos felicísimos, no dejó por eso de incurrir en ciertas debilidades. Solo el Sr. Fárvaro logró sin decaer un solo momento identificarse con la situacion del personaje que se presentaba.

Apesar de todo, aplaudí con entusiasmo á la Sra. Escalante, en algunos momentos; y me aseguré mas y mas en la creencia de que su talento artístico, sabe hacerse lugar, imponiéndose, allí donde mas dificultades se presentan. En el duo del segundo acto, estuvo á gran altura.

La Srta. Llanes (que por cierto dió muchos disgustos á los aficionados á las *bellezas plásticas*) fué muy aplaudida en el brindis del último acto, y hasta vióse obligada á repetirlo; tal era el entusiasmo del público. Yo tambien fuí de los que

batieron palmas, pero no por eso, dejó de conocer, que pudo hacer mas, mucho mas el Sr. Orsino, y que quizás buscando mas efectos, exajeró un tanto la energia de las primeras frases del brindis en cuestion.

La orquesta, dejó bastante que desear: el Sr. Reparaz, se vió seriamente amenazado por las *huestes moriscas* y hubo *acordes* de los cuales no quiero acordarme. Sin duda á algunos profesores, al acordarse de Santa Cecilia, se les fué la *nota*, al cielo.

Petrucci, Vitellio y demás compañeros *mártires* estuvieron bien en sus papeles, y mejor aun en sus calzoncillos de punto, blancos.

Miércoles; segunda funcion de moda, y segunda representacion de *Lucrecia*, amen de otros extraordinarios conque nos obsequió el buen D. Juan (no el Tenorio, ni el de Mozart, sino D. Juan Molina.)

Recuerdo que á poco de empezarse el primer acto, me decia un vecino de localidad.

—El amigo Cantoni, me recuerda esta noche, la que pasó San Pedro allá en otros tiempos.

—Pues no veo la relacion que pueda existir—le contesté.

—Hombre, lo digo porque ya sabe V. que *cantó* tres veces el gallo y...

—Basta, basta, comprendo perfectamente...

En efecto, en la garganta del Sr. Genaro, cantó tres veces el gallo, y trazas tenia de ser *inglés* el animalejo, á juzgar por el *volumen* de su voz...

La Sra. Escalante, estuvo mas feliz que en la primera representacion, y al final del segundo acto, fué llamada á escena en compania del Sr. Cantoni, que no quiso en el resto de la obra, obsequiarnos con mas *volátiles*.

La obra en general, salió mejor que la primera noche.

En el intermedio del primero al segundo acto, cantó Emma Romeldi una preciosa *balata* de *I Guarani*. Muchos y merecidísimos aplausos recibió la distinguida *prima donna*; aplausos que fueron un justo tributo al talento de la artista que supo matizar y embellecer notablemente uno de los mejores trozos de la partitura del maestro *Gomas*.

El Sr. Reparaz, acompañó magistralmente á la Srta. Romeldi, y contribuyó al buen éxito de la *balata*.

Ambos fueron llamados al palco escénico.

Y llegó su turno á D. Pedro Fárvaro. Admirablemente interpretada por la orquesta, fué una preciosa sinfonia original de este eminente artista: el público entusiasmado aplaude y llama con insistencia al eminente barítono, y este distinguido artista, *disfrazado de duque de Ferraza* se ve obligado á presentarse en escena tres veces consecutivas, en medio de atornadores aplausos.

Bravo, Sr. Fárvaro, reciba V. mi enhorabuena.

Ibarguren está en escena, el maestro Reparaz al piano, y el público se prepara, para ver, oír y entusiasmarse.

El himno Austriaco, se transforma en raudales de armonías; el arco al deslizarse sobre las cuerdas del *divino* instrumento, hiere con sus notas el sentimiento de los espectadores, y en el público estalla el himno de admiracion, hácia el artista que así logra conmoverle.

Ibarguren que es tan modesto como complaciente, quiere probar á el auditorio, que desea devolverle *bien por bien*, y el wals fantástico de Chapi brillantemente ejecutado, vuelve á escitar los ánimos, y la ovacion se reproduce correjida y aumentada...

¡Eso estocar amigo Ibarguren, eso es tocar!...

Y eso es portarse Sr. de Molina; ahora no podrán *murmurar* de V. y si lo hacen será por seguir *la moda* de decir lo contrario de lo que se siente, y no digo mas hoy, porque no quiero emborronar mas papel. En fin, V. cumplió como bueno.

NOTA: Se habla del *debut* de una *prima donna* y de un bajo Pienso que la semana entrante, será la de las *emociones*; en ella me atreveré, ya que no lo hago en esta, á decir á VV. la razon que me asiste, para llamarme

CATANO.

AMOR Y PRACTICA.

SONETO.

¡Cuán feliz soy así!... Tus negros ojos
Brillar los miro con ardiente anhelo,
Si en mis horas de afán ó de consuelo
Tu frente virginal no muestra enojos.
Cuando estoy junto á ti, dulces antojos
Opones siempre á mi mortal desvelo,

Y sueña el alma trasportarse al cielo
Si aspira el néctar de tus lábios rojos
¡No me olvides jamás!... Ten, vida mía,
La fe que brota del placer más puro
Sustentando este amor que el pecho fia:
Y en tanto, Laura, que adorarte juro,
Te pido solo por amante guía...
¡Qué me prestes siquiera medio duro!

JOSÉ LUIS LEON Y MARIN.

A UNA NIÑA DE DIEZ Y SEIS AÑOS.

(ALEGORÍA.)

Pomposa nave, que la enhiesta lona
al viento das en la gentil ribera,
y airosa cruzas la tranquila zona
que baña el sol de la ilusion primera;
el himno escucha, que en tu prez entona
bardo sentido cuya voz sincera
tus altos dones á cantar aspira
al grato son de la vibrante lira.

Ves, de la dicha bajo el tierno halago,
trocarse en luz la tenebrosa bruma,
el mar rugiente en adormido lago
y en nivea alfombra la sonante espuma;
y como sube por el éter vago
el ave audaz de pintoresca pluma,
así gallarda al porvenir te lanzas
volando en pos de ricas esperanzas.

De ledas auras el rumor sonoro
luciendo vas en tu feliz camino
de la hermosura el mágico tesoro
y del pudor el talisman divino;
y cual dibuja con pincel de oro
el alba su paisaje peregrino,
te ofrece así la candida inocencia
coronada de flores la existencia.

Sigue, nave gentil, tu rumbo cierto
por el piélagos oscuro de la vida,
que ya lucir en tu horizonte advierto
las ilusiones de la edad florida;
y cuando toques el seguro puerto
donde la sombra á reposar convida,
guarda un recuerdo para el débil canto
que hoy á los cielos en tu honor levanto.

MANUEL FOMBONA PALACIO.

EL CIEGO Y EL LAZARILLO.

FÁBULA.

Érase un ciego socarrón y pillito,
que en pos del lazarillo,
iba de tierra en tierra
frecuentando los sitios de la guerra.

Sin opinion, según moderna usanza,
el oro era su ley, su Dios la panza.

Al sentir los aprestos militares,
antes de dar al viento sus cantares,
preguntaba á su guía
si era *carcunda* ó *quiri* el que venia,
y según la respuesta
preparaba las coplas de la fiesta,
pues tenía canciones
de todos los matices y opiniones.

Un día, no se cuando ni se cómo,
dió al chico un puntapié de tomo y lomo;
y el muchacho del golpe resentido
tomó para vengarse el gran partido.
Esperó la ocasion; y en el momento
que rápido avanzaba un regimiento,
y el ciego, según siempre acostumbraba
de quien eran las tropas preguntaba,
le dijo lo contrario y presuroso,
sin él notarlo, se marchó gozoso.

Llegó la tropa al fin, y el pobre ciego
tocaba el popular *Himno de Riego*,
cuando sintió en su espalda... ¡Lindo chasco!
de palos y pedradas tal chubasco,
que llegó á ver muy claro, aunque sin vista,
que no era liberal, sino carlista
su auditorio, y cogido en propias redes,
maldijo de su astucia las mercedes.

Por este ú otros modos,
es espuesto el querer vivir con todos,
que al hombre más astuto, y al más pillito,
nunca habrá de faltarle un lazarillo.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

CÓITAS D' ANDRUCO.

Ó NOITECERE.

Eu non sei se m' abanque, ou se m' erga,
Se ria, ou se chore,
S' os meus brazos che tend' amoroso,
T' atraya, ou desbote...

Dos teus ollos, non sei s' o q' embebo
É lus, vida ou morte;
Se me dás libertade, ou con xotas
Cadeas m' envolves.

Non son dono dos meus pensamentos
Ó verte, meu sole,
Non afito s' o peito me tornas
De éter ou bronce.

Tua faz, á brondil cabeleira
Que o cólo ch' envolve,
Coma outra firente Medusa
De pedra me volve.

Pero logo teu vívedo alento
Descocha o meu norte,
Y os teus ollos me animan, me acenden,
Ós céos me sóben;

Sin q' acerte á decir canto sinto
C-o teu brando roce,
Pois xiando nos meus pensamentos
A mente m' encolle,
Reducindo á un punto miudo
De vida tan probe,
Q' a concencia decirme non sabe
Si loito c-a morte.

N-ese mar avalante e crecente
De tércos delores,
Déixom' ir coma folla q' arrastran
Os ventos da noite;
Esperando entre vagoas ardentes
Que a sorte millore,
E s' abranden da tua crueza
Os duros resortes,
Asustados do fondo martírio
Q' así me retorce.

¡Báste, báste de probas, Pepiña!
De min, dóite... ¡dóite!
Non me móstre! os ollos arisca:
¡Por Dios non afoques
Os tesouros d' amante dozura
Que n-eles s' esconden!

FRANCISCO DE LA IGLESIA GONZALEZ.

E PÍGRAMA.

Tlin... tlin...—¿Quién?—Para el señor
un telégrama. El recibo.
Abrele y leyó Melchor:
«Sacaste premio mayor
entero. Correo escribo»

Al ver que la lotería
le tocó, salta y se alegra;
mas, recibe al otro día
la carta, en la que decia:
«Ayer falleció tu suegra.»

BENITO LOSADA.